

Julián Casanova

---

# ESPAÑA PARTIDA EN DOS

*Breve historia de la  
guerra civil española*

**CRÍTICA**  
BARCELONA

# Índice

<i>Prefacio a la nueva edición</i> .....	IX
<i>Prólogo a la edición en español</i> .....	XXI
<i>Mapas</i> .....	XI
<i>Agradecimientos</i> .....	XXVII
<i>Introducción: Las raíces del conflicto</i> .....	1
1. España partida en dos .....	19
2. Guerra santa y odio anticlerical .....	43
3. Una guerra internacional en suelo español .....	83
4. La República en guerra .....	105
5. El nuevo orden .....	133
6. La guerra larga .....	161
<i>Epílogo: Paz incivil</i> .....	187
<i>Notas</i> .....	197
<i>Cronología</i> .....	225
<i>Bibliografía</i> .....	229
<i>Índice onomástico</i> .....	233

## Prefacio a la nueva edición

**P**OCO ANTES DE LAS 13 horas del 24 de octubre de 2019 los restos de Francisco Franco eran sacados de la basílica del Valle de los Caídos, sin honores militares, a hombros de sus familiares, a quienes el gobierno socialista de Pedro Sánchez había dado permiso para llevar el féretro desde la tumba hasta la gran explanada exterior. Desde allí, un helicóptero de las Fuerzas Armadas lo transportó al cementerio de Mingorrubio, una pequeña localidad cercana al Palacio de El Pardo, lugar de residencia del dictador durante casi cuatro décadas. Franco fue inhumado de nuevo allí en la intimidad, tras una ceremonia religiosa oficiada por un sacerdote, hijo de Antonio Tejero, el ex teniente coronel de la Guardia Civil que había protagonizado el golpe de Estado el 23 de febrero de 1981 contra la joven democracia española, entrando en el Congreso de los Diputados pistola en mano.

Habían pasado ochenta años y siete meses desde el final de la guerra civil. Un año después, el 1 de abril de 1940, el general Francisco Franco presidió en Madrid el desfile de la Victoria que celebraba el primer aniversario de su triunfo en la «Guerra de Liberación Nacional». Tras un almuerzo de gala en el Palacio de Oriente, el Caudillo llevó a un selecto grupo de invitados a una finca situada en la vertiente de la Sierra del Guadarrama, conocida con el nombre de Cuelgamuros, en el término de El Escorial.

En la comitiva figuraban, entre otras autoridades, los embajadores de la Alemania nazi y de la Italia fascista, los generales

Varela, Moscardó y Millán Astray, los falangistas Sánchez Mazas y Serrano Suñer y Pedro Muguruza, director general de Arquitectura. Franco les explicó allí su proyecto de construir un monumento, «el templo grandioso de nuestros muertos, en que por los siglos se ruegue por los que cayeron en el camino de Dios y de la Patria». Así comenzó la historia del Valle de los Caídos.<sup>1</sup>

Pedro Muguruza, la persona encargada de poner en marcha el proyecto, declaró que Franco tenía «vehementes deseos» de que las obras de la cripta estuvieran acabadas en un año y el resto de las edificaciones en el transcurso de cinco. En realidad, el sueño del invicto Caudillo, convertido en pesadilla de muchos, tardó diecinueve años en realizarse. El Valle de los Caídos fue inaugurado el 1 de abril de 1959, vigésimo aniversario de la Victoria. En esas casi dos décadas de construcción, trabajaron en total unos veinte mil hombres, muchos de ellos, sobre todo hasta 1950, «rojos» cautivos de guerra y prisioneros políticos, explotados por las empresas que obtuvieron las diferentes contratas de construcción, Banús, Agromán y Huarte. Pero poco importaba eso. Era un «panteón glorioso» para desafiar «al tiempo y al olvido», homenaje al sacrificio de «los héroes y mártires de la Cruzada».<sup>2</sup>

El primer héroe y mártir al que trasladaron allí fue José Antonio Primo de Rivera, el hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, fundador y máximo líder del partido fascista Falange Española, que había sido fusilado por los republicanos el 20 de noviembre de 1936. Sus restos reposaban en el monasterio del Escorial desde finales de noviembre de 1939, cuando un cortejo de falangistas los trasladaron a pie desde Alicante. Allí estuvo el dirigente fascista dos décadas, tratado con los honores de rey, inextricablemente unido al glorioso pasado imperial español.

El 7 de marzo de 1959, a punto ya de inaugurarse el Valle de los Caídos, Franco escribió a sus hermanos Pilar y Miguel Primo de Rivera para ofrecerles la nueva basílica «como el lugar más adecuado para que en ella reciban sepultura los restos de vuestro hermano José Antonio, en el lugar preferente que le corresponde entre nuestros gloriosos Caídos». En la mañana del 30 de marzo,

miembros de la Vieja Guardia de Falange y de la Guardia de Franco se turnaron en el traslado del féretro desde El Escorial al Valle de los Caídos. Lo depositaron al pie del altar mayor de la cripta, bajo una losa de granito con la inscripción «José Antonio». Era el lugar para su «eterno reposo», como lo tituló el reportaje del Noticiero Documental (NO-DO).<sup>3</sup>

Durante los últimos meses de 1958 y los primeros de 1959 llegaron al Valle de los Caídos los huesos de miles de personas enterradas en los cementerios madrileños de Carabanchel y de la Almudena y en fosas comunes de otros cementerios de provincias. Los monjes benedictinos, a quienes se les había otorgado el cuidado de la abadía, recibían las arcas con los restos y anotaban las referencias que constaban de esos muertos. Hubo traslados hasta muchos años después. En total, 33.833 cadáveres, muchos de ellos republicanos asesinados por los franquistas durante la guerra civil, exhumados y trasladados desde fosas comunes sin permiso de sus familias, que solicitaron décadas después, ya en el siglo XXI, sin conseguirlo, su devolución.

Franco murió el 20 de noviembre de 1975. El recuerdo permanente de la guerra civil presidió su funeral tres días después. El cortejo fúnebre que salió del Palacio de Oriente llegó hasta el Arco de Triunfo de la Ciudad Universitaria y desde allí emprendió el camino hacia la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. La multitud congregada en la explanada exterior entonó el «Cara al sol» —el himno de Falange Española— y el himno de la Legión, con la presencia destacada de grupos de ex combatientes, que iban a ser recibidos por el nuevo rey, Juan Carlos I, en su primera recepción oficial. En el interior del templo, detrás del altar mayor, esperaba la fosa abierta junto a la tumba de José Antonio Primo de Rivera. A las dos y cuarto de la tarde del 23 de noviembre, una losa de granito de mil quinientos kilos cubrió el sepulcro y puso fin a casi cuatro décadas de dictadura.<sup>4</sup>

Franco estuvo en el Valle de los Caídos 44 años, como símbolo poderoso e intacto de la interpretación de los vencedores de la guerra civil y de la dictadura. Su exhumación y las diferentes reacciones que provocó son un buen reflejo de cómo los relatos y

las memorias de la guerra civil y de la dictadura se han manifestado en España en un campo de batalla cultural y político, de apropiación de símbolos, con disputas sobre calles, memoriales y monumentos, con el Valle de los Caídos en el centro de la disputa.

Los recuerdos y conmemoraciones de pasados difíciles y violentos plantean enormes desafíos a los historiadores que intentamos diferenciar entre historia y memoria, entre conocimiento documentado y subjetividad. Al contrario que las luchas heroicas, los triunfos militares o las celebraciones de la grandeza nacional, «los pasados traumáticos o infames» no se prestan a relatos fáciles o de autobombo. «Las naciones son reacias a desenterrar un pasado que se percibe divisivo y perjudicial para su imagen oficial o mitología nacional». En Francia, por ejemplo, el mito de la Resistencia impidió un análisis crítico de la colaboración del régimen de Vichy con la Alemania nazi. Durante la Guerra Fría, los memoriales en los campos de concentración situados en Europa del Este celebraban el combate soviético contra el fascismo, restándole importancia al sufrimiento de las víctimas del Holocausto. En la España de la transición y de las dos primeras décadas de democracia se evitó una confrontación directa con los crímenes del franquismo.<sup>5</sup>

Las dos guerras mundiales se recuerdan de forma diferente en varios países europeos. Lo que se celebra en algunos como ejemplos de heroísmo se percibe en otros como acciones criminales. Los intentos por mostrar una historia compartida europea, necesaria para legitimar la integración, contrastan con las memorias de cada Estado en particular en ese pasado común. La «memoria colectiva» de las diferentes sociedades está muy conectada a las perspectivas nacionales expresadas en tradiciones y transmitidas con la ayuda de legados culturales. Y el legado cultural de cada nación europea está lleno de objetos simbólicos que transmiten conocimiento a las nuevas generaciones sobre conflictos pasados con otros Estados. Por eso es tan importante estudiar las formas e instrumentos de sus recuerdos y construcciones de las memorias. Esas «prácticas de recuerdo» y «teatros de la memoria»,

como los denominó Jay Winter hace tiempo, «ayudan a comprender cómo las sociedades crean sus héroes y deciden quiénes son las víctimas o los culpables». <sup>6</sup>

El deseo de olvidar, la voluntad de pasar página, no es solo específico de gobiernos e instituciones de poder. Las víctimas de la violencia perciben a menudo el silencio como una importante estrategia de sobrevivencia y de superación. «El silencio puede además operar como un escudo protector en ambientes sociopolíticos hostiles que no están dispuestos a escuchar las voces de las víctimas ni quieren comprender los horrores sufridos.» <sup>7</sup> Mirar al futuro fue siempre una expresión utilizada en España durante la transición y la democracia por todos aquellos que no querían atender a las peticiones de memoria.

Durante el siglo xx, la Primera Guerra Mundial, la revolución bolchevique, el paramilitarismo, los fascismos, las dictaduras y la Segunda Guerra Mundial introdujeron nuevos conflictos y nuevas representaciones, invenciones y apropiaciones del pasado. Casi todos los países del continente —excepto Portugal, España, Suiza y Suecia— sufrieron derrotas y ocupaciones, con episodios de colaboración, resistencia y políticas de exterminio. Diferentes naciones y grupos pugnaron por demostrar quiénes eran víctimas o verdugos. Los antagonismos sacaron a la luz estrategias de reacción, una rivalidad entre dos grandes paradigmas de memoria, con diferentes ramificaciones: el Holocausto y las víctimas del comunismo. Pero eso no ocurrió de forma inmediata y hubo que esperar varias décadas. Las memorias se cruzaron, tomaron múltiples direcciones. Y varios autores comenzaron a utilizar el término «guerras de memorias» para definir lo que apareció, y sigue estando presente, en sociedades marcadas con cicatrices por guerras civiles, genocidios y autoritarismos. <sup>8</sup>

Desde finales de los años ochenta, la memoria del Holocausto, «con Auschwitz como lugar icónico y símbolo oficial», surgió como «el modelo dominante de referencia». Sin embargo, la internacionalización de ese modelo para comprender la violencia moderna y la insistencia en el carácter único del genocidio de los judíos, «el evento definitorio del siglo xx», el espejo frente al